



REVISTA
INTERNACIONAL DE
HISTORIA Y
PENSAMIENTO
ENFERMERO
ISSN: 1699-6011

INTERNATIONAL JOURNAL FOR THE HISTORY OF NURSING AND NURSING THINKING

Números publicados

Búsqueda documentos

TEORÍA Y MÉTODO



La universidad como marco para una filosofía de la enfermería*

Juan D. *González Sanz*

Profesor Asociado. Facultad de Enfermería, Universidad de Huelva, España
[orcid.org/0000-0002-4344-8353]

Manuscrito recibido el 16.6.2015

Manuscrito aceptado el 15.1.2016

Temperamentvm 2016; 23

*Una versión abreviada de este artículo se presentó en el Regional Congress of COMUCAP-Europe, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 17-19 de diciembre de 2014

Cómo citar este documento

González Sanz, Juan D. La universidad como marco para una filosofía de la enfermería. *Temperamentvm* 2016, 23. Disponible en <<http://www.index-f.com/temperamentum/tn23/t10466.php>> Consultado el 7 de Abril de 2016

Resumen

Este trabajo estudia la conveniencia recíproca del establecimiento de puentes disciplinares entre la enfermería y la filosofía cristiana (y entre sus respectivas instituciones educativas). Para ello se realizó una lectura crítica de textos de filósofos como Odo Marquard, José Ortega y Gasset y Michel de Certeau (entre otros), y de enfermeras/os dedicados a la filosofía de la enfermería. Se parte de la pregunta acerca de si es posible una vinculación entre enfermería y filosofía cristiana, para después valorar si es conveniente que los profesionales que cuidan incorporen herramientas filosóficas a su bagaje profesional. Finalmente, se propone una vía de acción que identifica a la Universidad como un magnífico espacio de encuentro entre las dos disciplinas, y que considera que la filosofía en general (y en particular la filosofía cristiana), así como las instituciones que la cultivan, pueden ser los cauces de una sabiduría imprescindible para la enfermería.

Palabras clave: Filosofía/ Filosofía en enfermería/ Teoría de enfermería/ Historia de la enfermería/ Educación en enfermería.

Abstract (The university as a frame for nursing philosophy)

This paper analyses the mutual benefits of building bridges between nursing and Christian philosophy (and between both disciplines' teaching institutions). In order to achieve this goal, a number of philosophical texts authored by Odo Marquard, José Ortega y Gasset and Michel de Certeau among others, and nursing texts focusing on philosophy, were reviewed. The research emerges from the idea that a link exists between both nursing and Christian philosophy, and assess whether nursing professionals ought to include philosophical tools to their practice. Finally, the University is proposed as a magnificent meeting place between both disciplines. Additionally, it is suggested in this paper that philosophy in general and Christian philosophy in particular, and the institutions devoted to their study, may very well be an excellent way to channel the advancement of this branch of essential nursing knowledge.

Key-words: Philosophy/ Nursing Philosophy/ Nursing Theory/ History of Nursing/ Nursing Education.

Introducción

Puede sorprender a algunos lectores el abordaje en este texto de la filosofía de la enfermería, y más aún si esta filosofía recibe el calificativo de cristiana. No son cuestiones habituales en la mayoría de los textos publicados por las revistas científicas de enfermería. Pero no por eso son menos necesarias, como se pretende demostrar en las páginas siguientes. Para empezar, confiemos en que esta sorpresa inicial sea un buen presagio pues, como dijo el filósofo español José Ortega y Gasset, "sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender" (Ortega y Gasset, 1956, p. 42).

Y lo que se trata de entender aquí es qué vinculación posible hay entre cuidados de enfermería y filosofía cristiana; posteriormente,

si se llega a la conclusión de que es posible dicha vinculación, ver si es conveniente; para, al terminar, intentar averiguar de qué forma podría potenciarse. Este artículo se dividirá por tanto en los siguientes apartados: nociones de cuidado y de filosofía cristiana; conveniencia de su vinculación; posibilidad de su vinculación: la Universidad; consideraciones finales.

Nociones de cuidados de enfermería y de filosofía cristiana

Parafraseando a Odo Marquard, podríamos partir de que el cuidado (y esta frase es segura) es siempre el descuido que uno deja atrás. Así, los cuidados de enfermería serían el conjunto de atenciones (por contraposición a todas las desatenciones que serían posibles) que prestan las enfermeras a las personas con las que se relacionan profesionalmente, en cualquier lugar y circunstancia en que se encuentren.

Esta descripción, más pragmática que aquellas que buscan definir la esencia de la enfermería (o su fundamentación científica), me parece que permite situar mejor la conversación posible entre quienes se dedican a la filosofía y quienes se dedican a la enfermería. Sobre todo porque enfatiza un aspecto central: que el principal recurso y herramienta de toda enfermera es ella misma. Por tanto, cuando se habla de la formación de aquellas personas que habrán de convertirse en enfermeras, se está hablando de la configuración del núcleo conceptual y actitudinal de cada enfermera; algo infinitamente más importante que cualquier dominio tecnológico de cara al tipo y la calidad de los cuidados que después será capaz de prestar.

Por otra parte, y por seguir avanzando de la mano del pensador alemán Odo Marquard, tengamos en cuenta lo que éste dijo haber aprendido sobre filosofía del gran filósofo cristiano del siglo XX que fue Josef Pieper, que "sólo merece la pena aquella filosofía que uno puede seguir tomando en consideración incluso en situaciones difíciles de la vida" (Marquard, 2001, p. 126) Habrá que renunciar ahora, ya que supondría rebasar los justos límites de este trabajo, a intentar siquiera una definición de filosofía cristiana. Más bien convendrá hacer una selección y quedarse sólo con aquello que parece merecer la pena.

Luego la filosofía que interesa aquí es la que puede enseñar a vivir porque se parece a "aquella sabiduría de la vejez adquirida por quienes aún no son ancianos" (Marquard, 2000a, p. 34) y que, por tanto, puede ayudar y tiene sentido en los momentos difíciles de la vida; pero, atención a esto, no solo (y esto es vital en relación con la profesión enfermera) en los momentos difíciles de la propia vida, sino también en los de las vidas de los demás. De esta forma, si la principal función de la filosofía es aprender a vivir, la enfermería necesita urgentemente de ella, ya que tanto los que son cuidados como los que cuidan necesitan aprender a vivir, y estos últimos, además, a vivir cuidando.

¿Y qué matiz tendría entonces que aportar el adjetivo de cristiana que se añade a esa filosofía? El matiz de que quienes hacen esa filosofía, o son cristianos, o al menos tienen en cuenta las historias y las preguntas fundamentales que el Evangelio y la tradición cristiana ponen sobre la mesa. Es en referencia a este pensar desde el cristianismo que ha dicho el profesor Miguel García-Baró: "Este pensamiento *narrativo, a posteriori*, pero que supone haber sentido y pensado mucho el mundo y la vida... más que teología debería recibir el nombre universal, general, de filosofía cristiana" (García-Baró, 2010, p. 264). Muchas de estas preguntas que surgen inevitablemente de la tradición cristiana se vuelven a menudo insoslayables cuando una enfermera (pero también cualquier persona) se mueve en torno a momentos tan difíciles y especiales de la vida como el nacimiento, la enfermedad o la muerte. Marquard lo ha dicho con claridad: "un filósofo que no sea de algún modo, en ese sentido, un «escritor religioso», renuncia a preguntas filosóficas a las que no debería renunciar un filósofo" (Marquard, 2001, p. 129).

Conveniencia de su vinculación

Pues bien, una vez descritas, aunque muy sucintamente, las dos cuestiones que se pretende examinar aquí, no abordaremos la posibilidad de vincular ambas realidades sin antes preguntar por la conveniencia de dicha vinculación; no sea que en el afán de novedades, se cometa un error aproximando cosas que nunca debieron haber estado próximas.

La primera idea, en este sentido, es que al tratar de este vínculo, más que de crearlo, habría que hablar de revisar y restaurar una tradición, pues la cercanía de la enfermería occidental actual (incluyendo en ella a la enfermería del continente americano en su totalidad) con la religión cristiana ha sido una constante desde la expansión del cristianismo en la antigüedad tardía (Stark, 2009). Baste señalar que la historia del monacato y la historia de la enfermería son confluentes hasta la Reforma Protestante. Y después de ésta y hasta bien entrado el siglo XX, dicha historia es el ejercicio de contraste entre las tendencias profesionalizadoras del ámbito anglosajón protestante y el nacimiento y desarrollo de las órdenes y congregaciones católicas de la Contrarreforma y su manera de entender la enfermería. La figura y la obra de Florence Nightingale pueden servir de ejemplo, entre muchos otros, de esta vinculación entre enfermería, filosofía y cristianismo (Le Vasseur, 1998).

Es cierto, y conviene dejarlo claro en este punto, que la referencia a la historia puede ser tremendamente controvertida, pues hay tantas maneras de contemplarla como ojos capaces de hacerlo. Pero es la historia la que nos permite poner palabra a todo aquello que hoy nos ocupa y nos preocupa y, por tanto, siguiendo a Blumenberg, "es posible que se pueda aprender de la historia, o bien que no se pueda aprender. Esto es secundario si lo comparamos con la obligación, elemental, de no dar lo humano por perdido" (Blumenberg, 1999, p. 172). Y esto es lo que en este momento es esencial para la enfermería: no dar por perdido lo humano que pueda haber en ella, por muy eclipsado que pueda estar por los aspectos científicos y técnicos que se han hecho hegemónicos en su ejercicio y en su pensamiento.

Por esta razón, reivindicar la conexión de la enfermería con la filosofía cristiana es, de alguna manera, hacer un esfuerzo por volver a conectar a muchas personas con una tradición de la que han sido desconectadas bruscamente. Esta separación es una de las consecuencias negativas del cientificismo rampante de las últimas décadas, que olvida que no hay ninguna ciencia que no sea llevada a cabo por seres humanos y que, por tanto, todo aquello que es constitutivo de los seres humanos termina siendo a la postre constitutivo de la ciencia. Así que no es posible una ciencia que no esté mediada, condicionada y también enriquecida por la tradición, ya que la tradición es un elemento sustancial para toda persona. En palabras de Hans Blumenberg "la tradición ejerce un efecto selectivo sobre lo que es significativo «para el hombre»: lo que ante todo concierne al hombre, lo que independientemente

de las perspectivas de verificación teórica, ayuda a que se articule la autocomprensión de sí mismo" (Blumenberg, 2004, p. 56).

El problema es que se ha reducido al mínimo la atención prestada a la tradición de la enfermería, a las historias de la enfermería, porque gran parte de las enfermeras y enfermeros que durante los últimos cuarenta años han sido los responsables de la orientación, impartición y evaluación de los currículos universitarios (y, por tanto, de la evolución de la profesión), en su justificada lucha por conseguir un nivel académico igualitario para la enfermería, en muchas ocasiones se han dejado embaucar por el cientificismo positivista (Seguel-Palma, 2012) del que ahora es necesario evadirse, si se quiere sobrevivir.

Por eso en este momento de la evolución histórica de esta profesión es pertinente hasta el extremo la reivindicación de las ciencias del espíritu, entre las que es posible contar a la filosofía cristiana, pues a la enfermería le resulta completamente necesaria su colaboración para poder adaptarse a un entorno cultural en el que sus antiguas herramientas conceptuales y lingüísticas ya no sirven para desarrollar plenamente su función. Es necesaria una actualización de las capacidades humanas de quienes desempeñan la enfermería para poder hacer frente a las dificultades del presente. Y esa actualización ha de venir de lo que pueden aportarle otras ciencias más modernas, pues, siguiendo la premisa establecida por Odo Marquard "las ciencias del espíritu son más jóvenes que las ciencias de la naturaleza" (Marquard, 2000b, p. 113) (y, desde luego, añadimos, más jóvenes que la enfermería).

Estas ciencias más jóvenes, incluida la filosofía cristiana, son insustituibles porque "ayudan a las tradiciones para que los seres humanos puedan soportar las modernizaciones [...]. Para ello necesitan el arte de volver a hacer familiares mundos de procedencia que se están volviendo extraños. Este es el arte hermenéutico, la interpretación: mediante ella se suele buscar para lo que se ha vuelto extraño un marco familiar en el que cuadre; y este marco es casi siempre una historia. Pues los seres humanos son historias" (Marquard, 2000b, p. 116). Así, la enfermería necesita a la filosofía cristiana para recuperar su tradición.

Pero, si los seres humanos son historias y las historias de la enfermería se han ido dejando abandonadas por el camino, es evidente que habrá oquedades en la humanidad actual de la profesión. Y una de ellas, quizá la más importante, es la relativa al por qué de la profesión. Es una cuestión imprescindible porque, al situar en el plano la meta final a la que los esfuerzos enfermeros se encaminan, aporta el elemento básico para poder elaborar una perspectiva de la enfermería en el conjunto del mundo en el que le toca desarrollarse hoy, y ya se sabe, gracias a Ortega, que "en la comprensión de la realidad social lo decisivo es la perspectiva, el valor que a cada elemento se atribuya dentro del conjunto" (Ortega y Gasset, 2013, p. 33).

Esta visión global de la enfermería, encajada en el marco más amplio aún de la sociedad actual, tiene un componente ético y político insustituible, pues permite orientar personal y colectivamente los pasos de los que van dando cuerpo a una profesión hacia una meta acorde a las circunstancias y las necesidades concretas de cada tiempo histórico. Los pasos personales y corporativos se vuelven así ejercicios de coherencia pues, habla Ortega de nuevo, "cada acción nuestra nos exige que la hagamos brotar de la anticipación total de nuestro destino y derivarla de un programa general para nuestra existencia" (Ortega y Gasset, 2013, p. 18).

Al preguntarnos entonces por el concreto porqué de la profesión enfermera, hay que escuchar una vez más dos precisiones preliminares que hace Ortega respecto al carácter general de toda profesión: que "*officium* es hacer sin titubeo, sin demora, lo que urge, la faena que se presenta como inexcusable"; y que toda persona "al ejercer una profesión, se compromete a hacer lo que la sociedad necesita" (Ortega y Gasset, 1945, p. 25). Así pues toda profesión es un servicio necesario.

Yendo un poco más allá desde este punto, se puede afirmar que, por lo delicado de su objeto, la enfermería no debería ser nunca en primer grado una profesión técnica, basada en el desempeño más o menos mecánico de complejos procedimientos tecnológicos. Por ser una profesión centrada en la persona, en ella ha de primar la condición de servicio. Algo que, lejos de ser un camino de retorno a las épocas voluntaristas de bajo nivel de profesionalización en los que se entendía la labor enfermera como una ocupación propia de monjas y monjes, se ha de mostrar como el grado más alto de profesionalización. De este modo, la enfermería necesita a la filosofía cristiana para vislumbrar la perspectiva de su porqué.

Finalmente, hay algo más que la filosofía puede hacer por la enfermería, ponerle alma y palabra. ¿Habrán dos palabras más capaces de remitir a una filosofía cristiana? Pues ambas son también esenciales para la enfermería, esa labor tan a menudo centrada en un hacer cuerpo a cuerpo, pero en tantas ocasiones afásica para referirse a las almas que se encuentran en ese trabajo corporal. Es la actual una enfermería con poca alma para tanto cuerpo. Por eso necesita que la filosofía le sirva de naufragio, aunque sea solo a modo de simulación. Que la sitúe en la isla desierta del tú a tú, haciendo de la enfermera un Robinson, enfrentada a la soledad y a sí misma. Que le pregunte con voz firme e insistente: "sin todo el aparato técnico con el que te revistes como si fuera una armadura, ¿qué sabrías hacer hoy frente al otro? ¿Qué cuidado queda en ti sin tus máquinas, sin tus técnicas, sin tus rutinas?". Este naufragio, que cada enfermera ha vivido varias veces en su carrera (al menos cada vez que empieza a desempeñar su labor en un nuevo puesto), a veces se olvida a conciencia, con todo cuidado, para poder dejarse llevar en la tranquilidad de la corriente rutinaria del trabajo estándar. Por eso a la enfermería, para zarandearle el alma, le hacen falta palabras. Palabras filosóficamente hilvanadas en preguntas agudas que remuevan los lodos de la pasividad.

Pero también palabras que nombren, como por primera vez, todo ese mundo que la enfermera náufraga va descubriendo. Que le permitan dar salida a tanta inquietud, a tanta energía creativa como se oculta, apenas enterrada, esperando su ocasión para reivindicarse, tras cada encuentro íntimo con los otros que sufren, con los otros que en su abandono en medio de un océano de soledad reciben con la enfermera la visita de un milagro. Pues no son pocas las veces en que la enfermería no encuentra cómo decirse y como decir lo que ve, lo que hace, lo que descubre. Se hace imprescindible un estrecho contacto entre la filosofía y la enfermería para que esta pueda generar su propio lenguaje epistemológico (Durán, 2002; Cristiane, 2009; Bluhm, 2014), práctico (Koch, 1996), etc. De este modo, con sus palabras que duelen y con sus palabras que abren puertas, la enfermería necesita a la filosofía cristiana para poner algo más de alma entre tanto cuerpo.

No sería justo dejar de señalar que también para la filosofía cristiana hay un enriquecimiento potencial en su contacto con la enfermería. En primer lugar, por la ampliación de las cuestiones de las que la filosofía puede hacerse cargo. Tras una historia llena

de procesos de autodeterminación de sus diferentes hijas (Marquard llegará a decir que "la historia de la filosofía es la historia de la reducción de la competencia filosófica" (Marquard, 2000a, p. 33), la filosofía presente, a menudo anémica, puede encontrar en los temas de los que la enfermería se ocupa un campo fértil para sus reflexiones. Además, al introducirse en este nuevo territorio del cuidado, quienes practican o enseñan la filosofía encontrarán nueva compañía para pensar, equipada de otros bagajes metodológicos y conceptuales, favoreciéndose una interdisciplinariedad en positivo ("las simbiosis son de gran importancia: sobre todo para la filosofía fundamental de las ciencias particulares" [Marquard, 2000a, p. 36], lista para ser utilizada seriamente de cara a comprender cuestiones complejas, y no solo para rellenar requisitos curriculares. De este modo, la filosofía cristiana necesita a la enfermería para ampliar los temas de los que trata.

Y no es solo esto lo que puede ofrecer la enfermería. En su contacto con ella la filosofía cristiana quizás se diera cuenta de que a veces tiene cierta obligación de aterrizaje. Acostumbrada a escribir para sí misma, e incluso partiendo de la convicción de que muchos de sus textos no serán nunca leídos, la filosofía sufre a menudo mal de altura. Por eso es tan conveniente escuchar la advertencia de Marquard: que es "condición necesaria, suficiente y central que existan aquellos que escriben filosofía para todos: filósofos como escritores. Los paseos trascendentales por las nubes no son suficientes: la filosofía, aunque sea de forma indirecta, ha de ofrecer como contenido diagnósticos de su tiempo y elaborar experiencias vitales" (Marquard, 2001, p. 134). La enfermería, hecha por gentes acostumbradas a andar con los pies en el suelo, necesitará una filosofía que sepa hablarle con palabras comprensibles, y de inmediato mostrará su falta de interés y su hastío ante el academicismo oscuro y la palabrería vana. De este modo, la filosofía cristiana necesita a la enfermería para corregir su tendencia a producir discursos endogámicos e ininteligibles.

En último lugar, sin ser cuestión de menor importancia, queda hacer un llamamiento a quienes se dedican a la filosofía para que no desprecien todo cuanto pueden aprender de lo vivido por las enfermeras, pues así como "la experiencia sin filosofía es ciega; la filosofía sin experiencia es vacía: en efecto, no es posible filosofía alguna sin haber adquirido la experiencia respecto a la cual el filósofo ofrece una respuesta" (Marquard, 2000a, p. 15). Ciertamente, pocas otras profesiones como la del cuidar se ven arrojadas a un mundo de experiencias de tal intensidad. En este sentido, si damos por buena la afirmación del profesor Antonio Lastra, que "la más pobre de nuestras experiencias es lo suficientemente rica como para expresar el pensamiento" (Lastra, 2014, p. 37), la experiencia enfermera es toda una propedéutica filosófica. De este modo, la filosofía cristiana necesita a la enfermería para estar más cerca de la experiencia directa de la vida.

Posibilidad de su vinculación: la Universidad

Viendo entonces que la vinculación entre estas dos disciplinas podría muy bien traer beneficios para ambas, toca ahora preguntar si dicha vinculación es posible. Muy rápidamente, parece sensato pensar que para cultivar este encuentro harán falta, al menos, tres cosas: espacio, tiempo y voluntad de encontrarse. La Universidad, que puede ofrecer las dos primeras, podría ser un buen marco de diálogo si se encuentra a quienes dispongan de la tercera y más necesaria.

Así, en un entorno universitario y reunidos con el entusiasmo compartido de dialogar a medio camino entre la enfermería y la filosofía, podrían quienes se dedican a ambas disciplinas renovar el estudio del ser humano, pues, apropiándonos del parecer de Ortega una vez más, "frente a las ciencias naturales tienen hoy que renacer las «humanidades», si bien con signo distinto del que siempre tuvieron" (Ortega y Gasset, 1945, p. 167). Y ese signo ha de ser la libertad de considerar como digna de estudio no solo la cultura pasada, siguiendo rígidamente parámetros clásicamente establecidos, sino también la cultura presente, en sus mil formas diversas y cambiantes. Es en este sentido que puede decirse, con rigor, que "la sustitución de las Humanidades por los *Cultural Studies* es, en cualquier caso, un hecho consumado" (Lastra, 2014, p. 138). La Enfermería Filosófica o Filosofía de la Enfermería será así uno más de los estudios culturales que sirven de exponente de un futuro distinto que ya está llegando. Como un brote que aparece, ectópico, entre los ladrillos del muro de la universidad tecnificada.

Pero no todo ha de ser entusiasmo, por supuesto, y conviene no perder de vista que se han agudizado muchas de las observaciones críticas que Ortega hizo a la Universidad ya hace casi cien años. En primer lugar hay que constatar que se ha perdido, quizás definitivamente, la vertiente deportiva del estudio. A tenor de los currículos de los jóvenes que hoy rozan los treinta y cinco años, es manifiesto que la profecía orteguiana se cumplió y que "el estudio no es ya el *otium*, la *sjolé*, que fue en Grecia -empieza ya a inundar la vida del hombre y rebosar sus límites [...] en vez de estudiar para vivir va a tener que vivir para estudiar" (Ortega y Gasset, 1945, p. 40).

A esto se suma, en segundo lugar, una agudización intensísima de la primacía de lo científico en el conjunto de la sociedad y también en la educación superior. Desde la configuración de los planes de estudio, a la oferta del mapa de titulaciones de cada centro universitario, hasta llegar a la parrilla de líneas prioritarias de investigación a financiar con dinero público desde las instituciones locales, nacionales e internacionales, el predominio de la ciencia como único modelo válido de saber no ha hecho más que acrecentarse.

El tercer aspecto crítico es el relativo al desborde del saber, que en estos tiempos de internet ha crecido hasta hacerse prácticamente inabarcable. Como ha dicho Hans Blumenberg, ante esta proliferación ingente de conocimientos, "tiene que haber una perspectiva desde donde todo se vea más sencillo" (Blumenberg, 1999, p. 162). En búsqueda de esa perspectiva, o de la forma en que al menos se pueda guiar al estudiante en el *maremagnum* de datos en que consiste la educación universitaria actual, ya Ortega abogó por un "principio de economía en la enseñanza" que se apoya en la premisa de que "no se debe enseñar sino lo que de verdad se puede aprender" (Ortega y Gasset, 1945, p. 95). La Filosofía de la Enfermería, como estudio cultural universitario nacido del diálogo colaborativo entre la enfermería y la filosofía, podría tener, en este sentido, la virtud de convertirse en un vuelo a vista de pájaro sobre el territorio conceptual inmenso de la enfermería (Lipscomb, 2014).

Una vez hecha esta evaluación crítica del punto de partida, parece conveniente mirar también por un momento al modo en que filosofía y enfermería se sitúan hoy en la academia. Respecto a la segunda, hay que resaltar que la enfermería como disciplina está quizás en su mejor momento académico (numerosa implantación de centros públicos y privados, transformación en diferentes países de las antiguas escuelas universitarias en facultades, acceso al doctorado, etc.). Sin embargo, en muchos países, y

especialmente en España, los estudiantes concretos que año tras año acceden a sus estudios y que egresan como profesionales, atraviesan un momento oscuro. Y no solo debido a la clamorosa falta de oportunidades laborales (debido a la incapacidad del mercado de trabajo de absorber el elevado número de profesionales de enfermería que se forman), sino también por la ausencia de un modelo filosófico para la enfermería que ataña al cuidado como estilo de vida. Por ello puede que sea el mejor momento para consolidar la vinculación entre enfermería y filosofía que aquí se plantea, pues ya decía Ortega que "toda vida es la lucha, el esfuerzo por ser sí misma", que la "vida es lucha con las cosas para sostenerse entre ellas" y que "los conceptos son el plan estratégico que nos formamos para responder a ese ataque" (Ortega y Gasset, 1945, p. 137).

En el otro extremo, la filosofía académica sufre, en general, una relevancia hartamente escasa en el conjunto de la academia e incluso de cierto aislamiento respecto de los demás habitantes de la universidad. En parte, es muy probable que esto se deba a la falta generalizada de valoración del quehacer filosófico y del pensamiento en el conjunto de las sociedades occidentales, que se traduce en una política cada vez más mezquina con la presencia de la filosofía en los planes de estudio de todos los niveles educativos. Pero quizás también venga respaldado este aislamiento en cierta actitud de autosuficiencia, que tan claramente expuso Ortega: "La filosofía no necesita ni protección, ni atención, ni simpatía de la masa. Cuida su aspecto de perfecta inutilidad, y con ello se sabe liberto de toda supeditación al hombre-medio" (Ortega y Gasset, 1956, p. 100).

Sin embargo, el hombre y la mujer medios son hoy, sin lugar a dudas, los habitantes de la Universidad, y esta es la piedra de toque para cualquier reflexión que pueda iniciarse sobre un diálogo que quiera tener lugar en el ámbito académico. Por eso ya no es posible mantener la elusión que se permitiera el filósofo madrileño en su texto programático sobre el mundo universitario: "la Universidad significa un privilegio difícilmente justificable y sostenible. Tema: los obreros en la Universidad. Quede intacto" (Ortega y Gasset, 1945, p. 69).

Más de cuarenta años después de que Ortega escribiera su *Misión de la Universidad*, el pensador jesuita francés Michel de Certeau también se preguntó por esta cuestión, aunque su respuesta puede considerarse prácticamente contraria a la del primero. Según Certeau, en 1970 la Universidad en Francia se veía atrapada entre dos fuerzas: la conservación de la cultura y la masificación de sus centros; coyuntura que exige a la Universidad que "produzca una cultura de masas" (Certeau, 1993, p. 85). Analizando con detalle la cuestión, el pensador francés señala que el reto al que se enfrenta la universidad no es sólo de orden cuantitativo, sino cualitativo, pues "la entrada masiva de las clases medias en la universidad plantea un problema totalmente diferente" (Certeau, 1993, p. 87), que tiene mucho que ver con la función social de la cultura de la que la universidad es depositaria y garante.

Hoy, después de otros cuarenta años desde el análisis certeauniano y a casi un siglo de las observaciones de Ortega, todo ha cambiado mucho, pero en el fondo la cuestión a resolver permanece igual. La masificación de la universidad ha llegado a niveles inauditos, así como la pérdida del valor atribuido a toda cultura que exceda la propia especialización profesional o científica. Por tanto, la encrucijada entre masificación y cultura (o lo que es lo mismo, la pregunta por las condiciones de posibilidad de una cultura de masas en la universidad) sigue sin tener una solución clara. Para que el diálogo filosofía-enfermería sea posible, y pueda abordar con cierta solvencia esta cuestión sin resolver, una vía factible es que juntas contemplen la Universidad como algo más amplio de lo que hasta ahora ha sido.¹ Es la vía de la antigua propuesta de Ortega de hacer de una "«Facultad» de Cultura el núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior", entendiéndolo que "Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento" (Ortega y Gasset, 1945, p. 74). Pero para ello "hay que acabar para siempre con cualquiera vagarosa imagen de la ilustración y la cultura, donde estas aparezcan como aditamento ornamental, que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre" (Ortega y Gasset, 1945, p. 114).

Consideraciones finales

¿Es necesario hacer algo para vincular cuidados de enfermería y filosofía cristiana? Sólo al abordar ya el tramo final de este texto toca contestar esta pregunta, y la respuesta es que no hay nada más necesario para lograr este objetivo que ponerse a trabajar, filosofía y enfermería juntas, en espacios intermedios. Y hacerlo con entusiasmo y con la seguridad de que va a haber pasos en falso, de que habrá caminos sin salida aparente, pero que el intento merecerá la pena, por todo cuanto se ha dicho anteriormente. Toca ahora entonces, sin más dilación, acabar este escrito para empezar el siguiente, que habrá de ser escrito a cuatro, seis o doce manos con aquellos que estén dispuestos a ello, y que ya no debería responder a las cláusulas de los contratos corporativos de las instituciones enfermeras o filosóficas, sino a cláusulas nuevas, las de la filosofía de la enfermería, que esperan ser redactadas.

Nota

1. Véase, a modo de ejemplo de la actitud a la que me refiero, el siguiente trabajo: Quilez Fajardo, Leopoldo; Ferrer Ferrándiz, Esperanza. Cuando la enfermería deviene teología. *Cultura de los cuidados* 2015; 41(19): 23-33.

Bibliografía

Bluhm, Robyn L (2014). The (dis)unity of nursing science. *Nursing Philosophy*; 15(4): 250-260.

Blumenberg, Hans (1999). *Las realidades en que vivimos*. Barcelona: Paidós/ICE-UAB.

Blumenberg, Hans (2004). *El mito y el concepto de realidad*. Barcelona: Herder.

Cristiane do Nascimento, Keyla; Lorenzini Erdmann, Alacoque (2009). Reflexões sobre a filosofia do limite e suas implicações para o cuidar em enfermagem.

Aquichán; 9(2): 185-192.

Durán de Villalobos, María Mercedes (2002). Marco epistemológico de la enfermería. Aquichán; 2(2): 7-18.

García-Baró, Miguel (2010). Notas sobre la mística cristiana en la perspectiva de la experiencia filosófica. Diálogo Filosófico; 77: 257-274.

Koch, Tina (1996). Implementation of a hermeneutic inquiry in nursing: philosophy, rigour and representation. Journal of Advanced Nursing; 24: 174-184.

Lastra, Antonio (2014). La necesidad logográfica. Valencia: Aduana Vieja.

Le Vasseur Jeanne (1998). Plato, Nightingale and Contemporary Nursing. The Journal of Nursing Scholarship; 30(3): 281-285.

Lipscomb, Martin (2014). Research report appraisal: how much understanding is enough? Nursing Philosophy; 15(3): 157-170.

Marquard, Odo (2000a). Adiós a los principios. Valencia: Institució Alfons el Magnànim.

Marquard, Odo (2000b). Apología de lo contingente. Valencia: Institució Alfons el Magnànim.

Marquard, Odo (2001). Filosofía de la compensación. Barcelona: Paidós.

Ortega y Gasset, José (1945). El libro de las misiones. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 4ª ed.

Ortega y Gasset, José (1956). La rebelión de las masas. Madrid: Espasa-Calpe, 13ª ed.

Ortega y Gasset, José (2013). España invertebrada. Barcelona: Espasa, 13ª ed.

Seguel-Palma, Freddy Andrés; Valenzuela-Suazo, Sandra; Sanhueza-Alvarado, Olivia (2012). Corriente epistemológica positivista y su influencia en la generación del conocimiento en enfermería. Aquichán; 12(2): 160-168.

Stark, Rodney (2009). La expansión del cristianismo. Madrid: Trotta.



Me gusta **Compartir** 0 Tweet **G+** 0

[DEJA TU COMENTARIO](#) [VER 0 COMENTARIOS](#)

[Normas y uso de comentarios](#)

| [Menú principal](#) | [Qué es Index](#) | [Servicios](#) | [Agenda](#) | [Búsquedas bibliográficas](#) | [Campus digital](#) | [Investigación cualitativa](#) | [Evidencia científica](#) | [Hemeroteca Cantárida](#) | [Index Solidaridad](#) | [Noticias](#) | [Librería](#) | [quid-INNOVA](#) | [Casa de Mágina](#) | [Mapa del sitio](#)

FUNDACION INDEX Apartado de correos nº 734 18080 Granada, España - Tel/fax: +34-958-293304